

Puntualizaciones en torno al diálogo entre el psicoanálisis y otras disciplinas*

Remarks about the dialogue between psychoanalysis and other disciplines

Ana Laura Jalil Hernández

Universidad Autónoma de Querétaro (México)

Resumen

En la actualidad, el psicoanálisis yace quebrantado en tantos gremios que se suele evitar el diálogo con otros campos de saber. El presente escrito procura recordar que tanto Freud como Lacan fueron interlocutores prolíficos que de acuerdo a las preguntas hechas en sus propias épocas, intentaron resolverlas acompañándose de otras disciplinas, entre ellas la epistemología; la propuesta que descansa en las siguientes líneas, procura enlazar la teoría con los olvidados órganos que la sostienen, a saber, la política interna de un psicoanálisis que con su afán por institucionalizarse, contaminó la fertilidad de un saber inaugural.

Palabras clave: *ciencia, epistemología, psicoanálisis, psicoanalismo, subjetividad.*

Abstract

At present, psychoanalysis lies broken in many guilds that usually avoid dialogue with other fields of knowledge. This article seeks to remind that Freud and Lacan were prolific partners that according to the questions asked in their own times, tried to resolve them with the accompaniment of other disciplines, including epistemology; The proposal that rests on the following lines, tries to link the theory with the forgotten parts that support it, namely, the internal politics of psychoanalysis with his desire to be institutionalized, contaminated the fertility of an inaugural knowing.

Keywords: *epistemology, psychoanalysis, psychoanalysisism, science, subjectivity.*

* El presente escrito retoma un proyecto de investigación favorecido por la transmisión de saber de quienes fueron mis profesores en la Maestría en Psicología Clínica de la U.A.Q. Dicho proyecto ha sido asesorado por el Dr. David Pavón-Cuéllar y co-asesorado por la Dra. Flor Gamboa Solís, a quienes agradezco especialmente por su calidez intelectual, pues sin su admirable tendencia a compartir saberes, su disposición y su paciencia, no se hubiera propiciado el interés personal por hacerme las preguntas aquí planteadas.

Plantear con un mínimo de seriedad el problema político-social al psicoanálisis es introducir un elefante en un bazar

Castel, 1970

Introducción

Lepra y peste tienen algo en común: infectan. La desaparición de la primera a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, fue para Michel Foucault (1964), resultado espontáneo de la segregación y un primer ejercicio de exclusión: la lepra se aísla para mantenerla a distancia. Sin embargo, lo que durará más tiempo que la lepra, “son los valores y las imágenes que se habían unido al personaje del leproso; permanecerá el sentido de su exclusión” (p. 17). Mientras que la peste, nos recuerda Turnbull (1995), la mencionó Freud a Jung en 1909 al realizar su primer viaje a Norteamérica, después de aceptar la invitación de Hall para asistir al XX aniversario de la Universidad de Clark, mencionando lo siguiente: “no saben que les traemos la peste” (p. 105). Entre una y otra, otro punto en común: el psicoanálisis. Un psicoanálisis leproso en tanto que se ha excluido de otras disciplinas “psi” porque no caben ahí sus nociones fundamentales ni sus prácticas clínicas, así como también, ha sido él mismo criterio de exclusión, bisturí de las estructuras psíquicas y de los cuerpos que las portan, así como fundador de gremios. Por otro lado, un psicoanálisis apestado, enfermo, doliente, un “freudismo” con riesgo a morir, en tanto que su infección ha sido extendida por tantas doctrinas que lo han transformado tanto que para Lacan, habría dejado de ser un saber inaugural, en estado naciente.

Si bien es posible poner en duda que Freud haya dicho eso al pisar terreno norteamericano, se considera un buen pretexto para analizar aquello en lo que se ha convertido el psicoanálisis en la actualidad. Para ello, será necesario realizar un esbozo previo, así como tejer algunos recortes históricos y conceptuales emergentes respecto al surgimiento del psicoanálisis, para dejar en entredicho, qué es el psicoanálisis y por qué es necesario hacerlo circular en la actualidad a través de la discusión con otras disciplinas.

I. Freud y su epistemología inédita

En primera instancia, es necesario discurrir en torno al escenario montado en los tiempos de Freud, quien entrecruzó la medicina, la psicología, la filosofía, la antropología y la literatura para elaborar sus propias hipótesis. Pues bien, al tiempo que la medicina positivista propia de su época abre con un escalpelo envuelto en su puño la piel para encontrar en las

profundidades que cubre su superficie al órgano patógeno causante de la enfermedad, Freud comenzó a solicitar la apertura de unos labios histéricos con tal de escuchar todo aquello que guarda el cuerpo en sus entrañas y que sin embargo, habla: afectos, recuerdos reprimidos, fantasías y fantasmas. De esta forma, se instaura una clínica que escucha buscando algo más allá de la soberanía de la mirada médica y del cuerpo que porta una enfermedad, siendo éste, desde entonces, sólo la cubierta de algo recóndito que lo perturba. Mientras que el Dr. Freud tomaba nota de las intimidades que sus pacientes pronunciaban en una “clínica del decir”, construía, tabique a tabique, los muros teóricos que las más de las veces fueron derrumbados por él mismo en años posteriores; por tanto, dicha arquitectura teórica ha de recorrerse ateniéndose a los caminos que él mismo iba cimentando. Su clínica en gestación abandonó un recurso médico que practicó como aprendiz de psiquiatra, a saber: la hipnosis, para en su lugar prestar su oreja y dar cuenta de cómo aquella escucha tenía un efecto: la disminución o desaparición del síntoma. Es decir, de manera muy arcaica, se puede mencionar que la técnica freudiana fue subversiva en tanto descubrió algo a pesar de las ideologías positivistas imperantes en su tiempo: el inconsciente y sus efectos a través del habla, el papel de la transferencia y sus repercusiones durante el análisis, los recuerdos encubridores y la rememoración a través del acto, la represión y sus retoños, pulsión de vida y de muerte; además, su mutable técnica pellizca en las profundas entrañas del inconsciente, no sólo de sus pacientes, sino también de su descubridor: Freud, en su propia práctica clínica, se analiza y apropia de sus descubrimientos, teje sus propios nexos al tiempo que explora consigo mismo a través de su escritura la posibilidad de comprender todo aquello que rebasa a lo tangible. Es de apreciarse que sus edificios teóricos, con riesgo a convertirse en templos sagrados por sus discípulos, anclados en lo más hondo de una intimidad que nos acecha, han de tomarse a seriedad: desde entonces, comparte a nosotros, náufragos sumergidos en la marea psicoanalítica, las (im)posibilidades, teóricas y clínicas, del psiquismo bajo técnicas que durante el análisis, desnudan la palabra del analizante a través de una oreja que se presta a escuchar.

Entonces, Freud descubre con sus *Estudios sobre la histeria*, que una parálisis puede abarcar un terreno anatómico que contradice al mapeo neurológico. Se puede rastrear dicha contradicción desde los inicios de sus *Obras*; tan sólo en 1893 menciona que: “cada impresión psíquica está provista de cierto valor afectivo, del que el yo se libra por vía de una reacción motriz o por un trabajo psíquico asociativo. Si el individuo no puede o no quiere tramitar el excedente, el recuerdo de esa impresión adquiere la importancia de un trauma y deviene la causa de síntomas” (p. 209). Así, va perfilando de forma inaugural, una novedad hasta el momento no admitida por el discurso científico, a saber, que existe algo imaginario en aquellas parálisis. Es decir, parafraseando a Octave

Mannoni, las histéricas se burlan de la ciencia de los neurólogos, siendo eso el interés particular de Freud que al mismo tiempo lo puso en contradicción con el positivismo lógico. Sin embargo, el desarrollo científico fue condición necesaria para que surgiera el psicoanálisis, aunque de forma inesperada; así bien, éste no hubiera podido constituirse como tal en una cultura no dominada por la ciencia.

Es así que Freud funda una epistemología inédita: siendo hijo de su época, comparte con ella sus propios paradigmas, aunque no sea posible hacerlo embonar de forma precisa con éstos. Como alumno de Franz Brentano, reformuló sus propias reflexiones en torno al empirismo sin dejar de aislarse totalmente de él, atendiendo a la experiencia de los fenómenos psíquicos a través de un objeto que en ocasiones, puede ser inexistente y no por ello negado; con Freud, la acepción de que son los tajos de los fenómenos psíquicos los que requieren de una re-presentación para poder ser hablados, pensados, enjuiciados; son éstos los que remiten a la gestación de una imagen fantástica que por cierto, siguiendo a Italo Calvino (1959), no necesariamente es sinónimo de regocijo, sino que espanta, sobre todo porque el problema que representa la fantasía está relacionado con “cosas corrientes que tal vez esconden bajo la apariencia más banal una segunda naturaleza inquietante, misteriosa, terrible-, cuyos mejores efectos residen en la oscilación de niveles de realidad inconciliables” (p. 12).

Lo dicho anteriormente con un propósito: Freud despliega algo que corresponde al campo de lo indecible y, justo allí “antes de que se pase del asombro a la rutina, es cuando mejor está dispuesto el pensamiento a admitir cuestiones, por las que las explicaciones pueden ser colocadas propiamente en el punto de mira como momento álgido de un descubrimiento ontológico efectivo” (Slöterdijk, 2004, p. 167): el inconsciente, sobre el cual no se puede decir nada y que sin embargo, altera nuestros modos de relación con el mundo y va más allá de la percepción-órgano acerca del mismo. Es decir, el artefacto psíquico que propone Freud es innovador en tanto que no pertenece precisamente al campo de la realidad, cuando sí a la carne del cuerpo.

Es así que existe otro orden al que le hace más caso el psicoanálisis: la realidad psíquica, que si bien no podría corresponder a las leyes de la física, tiene el mismo peso (duele, lastima, añora) que la realidad externa, pues pertenece al orden de la representación psíquica más que de la biología: todo lo que atraviesa al cuerpo pasa por el campo de la percepción, siendo una especie de resto que permite seguir deseando ya no por un objeto de la realidad, sino por una relación que se establece por una ausencia. Así, el campo de las representaciones se convierte en el fundamento de los actos psíquicos, incluso aunque no siempre se atravesase a los órganos sensoriales: podemos tener registro inconsciente de cosas que jamás pensamos, mientras que la percepción no guarda dichos

restos, sino que se esfuerza por aprisionar los objetos por medio de los sentidos. Por más que se empeñe la psicología científica en describir los fenómenos en el campo de lo tangible, aquellos fenómenos psíquicos no dejarán de recortar representando, puesto que es necesario el acto de representar para poder nombrarlos; así bien, las sensaciones, los sentimientos, las ideas, pasan necesariamente por lo psíquico que se acompaña por un cuerpo que también pide la palabra.

Al mismo tiempo que Freud se empeñaba por sostener sus propias conjeturas, el astrónomo alemán Karl Schwarzschild (1906), guiado por la teoría de la relatividad, predijo la existencia de los hoyos negros; dichos restos de estrellas son inobservables –sólo se ha fundamentado su existencia a través de la emisión de rayos X- y sin embargo, se comprueba su presencia y poderosos efectos a través de teoremas, refiriéndose hacia ellos como poderosos lugares que desgarran el espacio y el tiempo con una curvatura de la que nada se escapa, ni siquiera la luz. Ahora bien, un año antes de dicho hallazgo, Freud escribe sus propios descubrimientos: *La represión, El inconsciente, Pulsiones y destinos de pulsión*, refiriéndose a zonas que también nos absorben, que al igual que lo que se supone son los hoyos negros, sobrepasan nuestra “velocidad de escape”, donde uno ya es otro a partir de su locución y que sólo se puede mantener en órbita sin ser absorbido por ese monstruoso inconsciente mediante el “horizonte de eventos”¹ que Freud llamó *represión*. Es decir, en un extremo, tenemos la confirmación científica de que algo inaprehensible –los hoyos negros- para el ser humano existe y por otro, el engorroso problema de que aún no sabemos explicar lo que aparenta ser (casi) tangible: el inconsciente, aquella entidad que no es orgánica ni demostrable, que no puede observarse como tal y que aun así hace tropezar al sujeto, impidiéndole recordar un sueño o recordándolo de otra forma, cambiando una palabra por otra, gozando al mismo tiempo que recuerda algo doloroso. Con este gran descubrimiento freudiano, se da lugar a la teoría en la cual todo aquello que no se dice, el cuerpo se encarga de echarlo a andar.

Al tomar como ejemplo dicha analogía, se pretende mostrar que tanto la ciencia como el psicoanálisis han elaborado magníficas hipótesis para explicar lo que nos acontece, pero cada una con sus propios límites, puesto que cuando pretenden hacer suyo el objeto de estudio, lo pierden. Tal proposición la confirma George Henri Melenotte (2007): “hay una faltante, que es el acceso a la verdad plena y entera. Freud se enfrenta a los límites del conocimiento de su objeto, en cuanto al acceso de una verdad pura”. En este sentido, el espíritu freudiano busca por esencia lo innombrable que, como se supone sucedería en un hoyo negro, también genera vértigo al dejarse sumergir en él; en este sentido, el psicoanálisis es

¹ González de Alba, en 1996, respecto a los hoyos negros menciona lo siguiente: “antes de caer hacia el fondo de eso donde nos quedamos sin capacidad de imaginación, existe un borde, llamado ‘horizonte de eventos’, donde una nave podría estar en órbita sin ser absorbida por la monstruosa gravitación del hoyo negro”.

un intento de relación que presta su servicio para producir nuevas subjetividades con base en una locución que entrega nada al campo científico, el cual, pretende observarlo todo.

II. Retoños de lo inédito

Ahora bien, dichos hallazgos freudianos han tenido sus propios retoños que pueden rastrearse en la historia del psicoanálisis. Más allá de las intenciones iniciales de Freud, la expansión de sus destellos ha producido distintas perspectivas y círculos que han limitado su propio terreno de exploración. Es por ello que en el presente escrito, se hará lo posible por establecer una crítica frente al fracasado intento por adoctrinar lo descubierto por Freud, por institucionalizarlo, por colocar a Freud en tanto Padre o al menos Fundador, en lugar de descubridor: “la epistemología del freudismo remite a una escuela iniciada por su fundador y continuada por sus discípulos” (Casas, 1996, p. 409). Vaya problema: los grandes hallazgos freudianos, tanto teóricos como clínicos, se han forcejeado tantas veces por perspectivas institucionalizadas distintas, cerradas, marginadas, cuando en su lugar se habría de admitir lo dicho en 1996 por José Casas, a saber, que “el psicoanálisis no es una disciplina unívoca, sino multívoca en la actualidad” (p. 410), por ello la necesidad de enfrentar y discutir sobre su propia epistemología, teoría, clínica y técnica.

Pulsión, inconsciente, represión, son nociones que son arrancadas del mismo Freud para convertirse en doctrina, en hegemonía domesticada y germen de distintas posturas institucionales que se afanan por explicar un psicoanálisis universalizable, haciéndonos creer que se trata de una teoría cuyo epicentro es el inconsciente ingobernable, como si fuese el sol de la constitución psíquica, cuando en realidad, el mismo Freud, sin renunciar a sus previas y posteriores aportaciones fundamentales, incluye en sus escritos titulados *El malestar de la cultura*, *Tótem y tabú*, la consideración necesaria de no infectar al psicoanálisis con la peste para más bien, tomar en consideración un marco contextual del sujeto para no abandonar el terreno en el que se suscribe y los nexos relacionales que lo vinculan con sus semejantes. Sin oponerse a su propio tramposo objeto de estudio, el inconsciente, no se puede prescindir de lo que la cultura que lo bordea le produce; al respecto, en 1921 Freud escribe: “la actitud del individuo en relación con sus padres, con sus hermanos y hermanas, con la persona amada, con su médico, en resumen, con todas las relaciones que hasta el presente han sido objeto de las investigaciones psicoanalíticas pueden, a justo título, ser consideradas como fenómenos sociales” (p. 83). Sí, lo escribió el manufacturero del inconsciente.

Sobre la necesidad de poner en discusión al psicoanálisis mismo con otras disciplinas, Freud estuvo de acuerdo, incluso lo reafirma en 1914: “La interpretación de los sueños, el libro sobre el chiste y otros habían mostrado desde el comienzo que las doctrinas del psicoanálisis no podían

permanecer circunscritas al ámbito médico, sino que eran susceptibles de aplicación a las más diversas ciencias del espíritu” (p. 125). Sin embargo, la fundación del psicoanálisis en tanto institución, sí, ha echado a perder la empresa inaugurada por Freud.

Roustang (1986), dentro de otros tantos, ha dedicado gran parte de su escritura para dejar en entredicho las críticas hacia un psicoanálisis encarnizado por intereses políticos e institucionales; a propósito, comenta que el psicoanálisis, “como detentor de la falla de las fallas, llegó a ser, en lo sucesivo, la disciplina de las disciplinas, o sea, la ciencia de las ciencias” (p. 17). Pasaje de un saber singular, particular, inaugural, a uno con estatuto generalizable, demarcado por políticas institucionales apestadas y leprosarias, que garantizaban su estatuto de Verdad instaurada por una figura representativa a la cual, sus súbditos, llenarían de gracia. La fractura, se propone, tiene una causa: los freudianos -no tanto el psicoanálisis, pues éste sólo se configura de acuerdo a interpretaciones a favor de una propia teoría o en contra del enemigo más cercano-.

A propósito, Castel (1973) también dedica su tiempo analizando el problema: “es una crítica de los psicoanalistas más que del psicoanálisis: de su pertenencia de clase, de su organización en ‘sociedades’ burocráticas, de su complicidad con el poder y el dinero. Crítica de las condiciones históricas, políticas y sociales en las que se realiza el trabajo analítico, más bien que cuestionamiento de la significación de ese trabajo” (p. 18). He aquí otra fractura, pues a partir del enclaustramiento, de la impugnación de un “tribunal supremo del inconsciente”, cuyos círculos han mostrado las más de las veces, la soberbia necesaria para no tomar en consideración su propia historia, ni su posibilidad de cambios que, “para los analistas, el acontecimiento no tiene otro sentido que su significación dentro de la doctrina constituida y para ella, la historia es o bien la epifanía de la verdad psicoanalítica o bien un conjunto de contingencias enojosas que ponen trabas a su autodesarrollo” (Castel, 1972, p. 21). Dicha fisura podría localizarse desde los primeros intentos por adquirir un terreno institucionalizado, alrededor de 1910, año en el que se funda la Asociación Psicoanalítica Internacional, cuya dirección estuvo a cargo de Carl Gustav Jung. Fisura de la cual brotan retoños e interpretaciones delirantes: frente a estas críticas, los psicoanalistas suelen responder con interpretaciones allegadas a un inconsciente o a mecanismos de defensa, golpes de Estado (del yo); es decir, allegadas a un “soberano egoísmo panóptico” (p. 86), diría Peter Slöterdijk en el año 2004.

Continuando con los argumentos de Castel, se descubre un término interesante, a saber: “psicoanalismo”, mismo que a diferencia del psicoanálisis, refiere más bien al desconocimiento de los aspectos políticos y sociales que giran en torno al psicoanálisis mismo. Su núcleo patógeno: ignorar sus desencadenamientos y disturbios políticos, que también afectan el abrir y cerrar de ideas frescas. Sí, término setentero. También, a

favor de la antipsiquiatría. Tan ignorado, tan echo a un lado como hereje por muchas sectas psicoanalíticas. Pero que al parecer no es obsoleto, dada la situación actual del psicoanálisis fracturado, más que por los ataques de otras disciplinas, desde su interior, desde su intimidad: auto inmolación que ocurre sin voluntad –al menos de forma aparente-. Es importante señalar que Castel no se opone a los grandes descubrimientos psicoanalíticos y para los fines del presente escrito es importante tomar en consideración al menos una parte de su propuesta, aunque sea para interrogarse si el psicoanálisis se encuentra en un estado crítico precisamente por su falta de auto-crítica.

Además, no sólo desde su propia intimidad presentó una rigidez disciplinaria, sino también, se expandió de manera desorbitante, tal como lo previó Freud, como peste, sobre todo en Estados Unidos. Según Eva Illouz (2010), la facilidad con la que se convirtió en un lenguaje popular y omnipresente, se debe en parte a la figura de Freud: “antes de que se convirtiera en una profesión, la empresa psicoanalítica era la empresa de un solo individuo” (p. 38) que se tejió con sus contemporáneos en parte por las disciplinas dedicadas a la psicología, la neurología, la psiquiatría y la medicina, así como por las esferas de la cultura alta y por la cultura popular. Culto que requirió que sus adeptos le tuvieran una lealtad total, casi ciega, a las enseñanzas del maestro, estableciendo al mismo tiempo, un cuerpo de reglas disciplinarias, estrictas, que mantenía unida a la amplia red de profesionales. Además, sus ideas “revolucionarias” tenían focos de fácil tentación, aunque quemaban: el sufrimiento psíquico y sus (posibles) remedios, la sexualidad, la familia, la infancia, la paternidad; en palabras de Illouz: “el psicoanálisis pudo convertirse en un objeto carismático debido a su capacidad para transformar todos los aspectos de la vida cotidiana en acontecimientos con sentido a ser descifrados” (p. 42). Aquello que facilitó entonces la transmisión generalizada del psicoanálisis –muy a pesar de sus circuitos cerrados-, se debe en parte, por su organización institucional: Freud fue un organizador supremo que supo cómo institucionalizar el psicoanálisis a través de organizaciones y redes sociales; según la autora, fueron tres los motivos principales:

- a) Estrecha cohesión de un grupo de devotos alrededor de Freud,
- b) La discordia de algunos de sus miembros prominentes y
- c) La estructura organizacional internacional del psicoanálisis temprano.

Veamos por qué: ocho años antes de que se llevara la peste a Norteamérica, las famosas reuniones de los miércoles ya se llevaban a cabo: semana a semana, algún aspirante presentaba nerviosamente algún artículo como rito de iniciación y, el gremio determinaba si el nuevo miembro sería aceptado. En Inglaterra, 1907, el suizo Max Eitingon, se convirtió en un defensor a ultranza del psicoanálisis. En 1911, uno de los incendios industriales decoró con humo la atmósfera neoyorkina, la cual

ese mismo año también se dejó quemar por el fuego de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York, así como también, se conmemora en dicho año, la inauguración de la Sociedad Psicoanalítica Americana; por otro lado, en el año de 1914, Boston no sólo fue espectador de la primera aparición de Babe Ruth en el béisbol, sino también del cordón inaugurador de la Sociedad Psicoanalítica de Boston, con méritos hacia Putnam, su primer director. Luego, un misil institucional –que luego se imitó en todo el mundo–: en 1928, cuando se creó en Berlín un plan de estudios oficial para capacitar psicoanalistas. Ese mismo año, se rebautiza la Sociedad de los Miércoles como “Sociedad Psicoanalítica de Viena”, que a su vez preparó el telón para realizar el Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis, en Salzburgo, contando con la participación de 42 psicoanalistas austriacos, suizos, estadounidenses, ingleses, alemanes y húngaros. A propósito: “el psicoanálisis fue la única profesión que tuvo una base internacional antes de que se establecieran las organizaciones locales, lo que les permitió a los freudianos ignorar las costumbres locales y nacionales” (Illouz, 2010, p. 44).

Es decir, por un lado, se trata de una explosión generalizada, de talla internacional, estirando el lenguaje psicoanalítico al discurso popular; y, por otro lado, de una implosión amalgamada a criterios dogmáticos, de algunos leprosos miembros que después fueron echados: Alfred Adler, Carl Jung, Wilhelm Reich; exilios que ponen de manifiesto que desde sus comienzos, la organización estaba determinada a unificarse y a retener control sobre la elaboración de la propia doctrina y la práctica psicoanalíticas. Independientemente de las causas que propiciaron dichas exclusiones, dichos disidentes también se encargaron de diseminar la visión psicoanalítica por su propia cuenta, pues mantenían una que otra de sus hipótesis fundamentales. Ejemplos hay otros tantos; a continuación uno de ellos, recordado por Eva Illouz (2010, p. 45): “en los Estados Unidos, las disputas generadas a partir de la ruptura de Karen Horney y de Erich Fromm no hicieron sino contribuir a incrementar la visibilidad del psicoanálisis y a establecer mejor algunos de sus conceptos clave”. Es decir, riñas acaloradas y manoteos intelectuales terminaron fortaleciendo el núcleo del psicoanálisis; Freud no tardó en coser los parches: confiaría en un pequeño comité de personas que actuaban como protectores de la “originalidad freudiana”, emisarios directos autorizados para difundir –repetir– su palabra: Karl Abraham, Ferenczi, Rank, Sachs, Jones y Eitingon.

Volvamos a la escena inicial del presente escrito: 1910, Freud pisando a regañadientes Norteamérica –y después de recibir un buen cheque–, terreno propicio y fértil para su expansión, en parte porque el “establishment médico” estadounidense se mostraba receptivo a la psicoterapia, y en otra parte, por la urgente petición por curaciones mentales. Aunque de manera fracturada, accidentada o torpe, la controversia también ocasiona expansiones culturales, regalando a la

sociedad temas que decir. Freud, el descubridor y propiciador de conjeturas, observaciones minuciosas, manipulaciones textuales, descripciones, ensayos y conclusiones, también fue creador y propulsor de un nuevo lenguaje para describir al psiquismo justo allí donde uno duerme, come y ronca: la esfera privada, formulando códigos innovadores que disminuyen la diferencia de grado de la “psicopatología en la vida cotidiana”.

III. Impulsiones y expulsiones de la doctrina

Ahora, un recorte anecdótico: Groddeck, quien perteneció a la horda de los salvajes, fue descrito por Freud (1917) como un “espléndido psicoanalista que ha comprendido plenamente el núcleo de la cuestión, porque reconoce que la transferencia y la resistencia constituyen los centros axiales del tratamiento” (p. 33). Salvaje psicoanalista autorizado por Freud a través de una sola correspondencia: remitente y destinatario que se constatan mutuamente y se reconocen. Pues bien, Groddeck era... ¡masajista! y aun así, Freud lo reconoció y lo incluyó como miembro de la horda. Con tal de evitar ello, en 1919, tanto Eitingon como Simmel fundaron la *Policlínica psicoanalítica de Berlín*, misma que prestaba sus servicios a bajo costo y formaba, en el pleno sentido de la palabra, psicoanalistas. Seis años más tarde, el mismo Eitingon, más por iniciativa propia que por Freud, propició la formulación de un proyecto que consistió en los Comités Internacionales de Entrenamiento, proyecto que pretendió la homogeneización del psicoanálisis: éstos habrían de ser formados de una sola forma, no de otras –no dando masajes–.

A propósito de Bernfeld (Tamayo, 2005, p. 22), éste plantea que la historia de la formación de los psicoanalistas se puede secularizar en dos periodos fácilmente ubicables: desde sus orígenes a 1924, cuando se creó el Instituto Psicoanalítico de Berlín y el segundo, desde 1924 en adelante; aquello que hace muralla entre un periodo y otro es que en el primero no era obligatorio realizar un análisis didáctico. Como se mencionó anteriormente, la intención de los ITC era precisamente, uniformizar y homogeneizar la clínica psicoanalítica, puesto que la formación del aspirante a analista habría de llevarse a cabo en tres campos: uno de ellos es el análisis didáctico, criterio bajo el cual el aspirante debe analizarse con un analista a la carta durante ciertas horas a la semana o incluso, años. El segundo es el análisis de control, en el cual el aspirante debe controlar sus primeros análisis con un analista diferente al analista que lo atendía para supervisar el caso. El tercero es la formación teórica, misma que a la muerte del padre totémico, se fragmentó en distintas tribus: kleinianos, freudianos ortodoxos y annafreudianos, mismos que, aunque con distintas perspectivas, mantuvieron el mismo cuadro formativo que incluía los tres criterios antes mencionados. Además, a pesar de que el mismo Padre haya dicho que la formación analítica era una formación muy

distinta a la formación médica (Freud, 1926), muchos de sus clanes derivados llegaron a solicitar como requisito también, el título universitario como aval de su formación psicoanalítica.

Dichas anécdotas brevemente recorridas, indican un propósito: a pesar de tratarse de un saber inaugural, en el que “los casos tratados por Freud tienen un carácter privilegiado –por el carácter privilegiado de su técnica- [...], aunque no podemos hacernos una idea cabal del modo en que aplicaba su técnica” (Lacan, 1954, p. 34); pues bien, a pesar de dicho saber inaugural que conjeturó Freud a través de sus rigurosos y meticulosos métodos propios, que le implicaron el abandono de ciertas prácticas psiquiátricas como la hipnosis, así como su propio revelamiento que le permitió abandonar el saber médico para encontrar un lugar distinto a las causas orgánicas –el psiquismo-, fue, desde sus originarios intentos por institucionalizarse, un problema: por un lado, se expandió como la peste rápidamente, infectando internacionalmente varias zonas; al mismo tiempo que, desde sus propias entrañas, el saber freudiano se derivó de ciertas prácticas confusas respecto a la formación de los analistas. Expansión e impulsión momentáneas que podrían hacer sospechar una auto inmolación desde sus adentros.

IV. Lacan, excomulgado del adoctrinamiento

Ahora bien, con Jacques Lacan ocurre una historia distinta: a pesar de su formación en la IPA francesa, éste comienza a cuestionar al análisis didáctico, al adoctrinamiento e institucionalización del psicoanálisis por su pretensión por generalizar una ciencia conjetural, un saber inaugural y singular. De acuerdo con Tamayo (2005), Lacan propone al mismo tiempo, una operación distinta, misma que pretendió desarrollar en el transcurso de 15 años, desde su famosa excomuniación de la IPA (1953), hasta su no menos famosa “Proposición del 9 de octubre de 1967” (p. 22). Es bien sabido que Lacan no era ortodoxo: no normalizaba de manera estricta sus intervenciones; tampoco era obsesivo con el cronómetro ni seguía al pie de la letra la regla de las cuatro sesiones obligatorias por semana. Sobre él, escribió Elizabeth Roudinesco (1993), “que había sido analizado por un puro técnico ipeísta, había tomado horror a las reglas que éste le había impuesto y fue esa ausencia de tecnicidad a la que fueron sensibles los miembros de la comisión” (p. 381). Pues bien, ¿qué ocurrió con Lacan? O más bien, ¿qué hizo ocurrir ese analista?

De manera fugaz, se podría decir que con él, una enseñanza que parece en ocasiones, un diálogo consigo mismo, en un anfiteatro decorado con orejas acostumbradas a escuchar discurrecimientos filosóficos, freudianos, históricos, lingüísticos y poéticos; al menos: “sombrio y tumultoso, hacía surgir de la grieta de su enunciado o del desfallecimiento de su memoria la rigurosa lógica de un inconsciente cuyo flujo parecía mimar. El seminario era el lugar de una catarsis colectiva donde cada

oyente podía tener la certidumbre de que el orador se dirigía a él sólo” (Roudinesco, 1993, p. 383). A diferencia de Freud, sumergido éste entre un positivismo imperante que lo llevó incluso a forcejear de forma fallida sus descubrimientos clínicos al discurso científico, Lacan retornó al psicoanálisis freudiano, aunque ya atravesado por otros golpes y vanguardias propias de su época, como el estructuralismo, que le hicieron tomar otro camino.

V. Lacan y sus deslices

Podría decirse que en principio, Lacan introdujo más la peste hacia ese freudismo en sobrecoma, puesto que se remitió a la técnica freudiana para instalar la suya propia, procurándola alejada de una mirada norteamericana, aquella centrada en el psicoanálisis del yo, mismo que según los ojos lacanianos, se remitía a un psicologismo generalizado, propio de un discurso del amo, cuando más bien según él, los analistas trabajan en la dimensión de una “verdad en estado naciente” (Lacan, 1954, p. 32), para después inclinarse hacia un análisis que “entabla un diálogo, mientras que ninguna especie de verdad es allí observable bajo la forma de un saber generalizable y siempre verdadero” (Lacan, 1954, p. 38); retoma la técnica freudiana al mismo tiempo que la salva de un saber científico y dogmático –sin ser por ello garantía de que algunos súbditos no le tiendan un altar-, en la medida en que defiende los casos en tanto singularidades sobre las que trabajó Freud; al respecto Lacan, en su seminario *Saber, verdad, opinión*, dice: “Freud no aplicaba un método, puesto que con él se trata de un carácter único, inaugural, de su proceder” (1954, p. 40). Sin embargo, hace lo posible por respetar los conceptos freudianos; ejemplo de ello es el papel de la resistencia, misma que mantiene, al igual que Freud, como una noción que es tanto mayor cuanto más se aproxima el sujeto a un discurso que sería el último, el bueno, pero que es rechazado por la masa ideacional del yo, masa que es hace límite, margen, muralla, en el campo de la palabra, puesto que ésta se “asemeja a la fórmula de que la contratransferencia es la función del ego del analista (la suma de prejuicios del analista). Así mismo, encontramos en el paciente una organización completa de certidumbres, creencias, coordinadas, referencias que constituyen un sistema ideacional” (Lacan, 1954, p. 31); es decir, ésta es un límite en el campo de la palabra, por tratarse de una organización de (ilusorias) certidumbres y creencias –bajo esta perspectiva también, despega su discurso del freudismo centrado en el yo.

Dicho discurso salpicado de influencias filosóficas contemporáneas a él, mantiene a Lacan concentrado en el profundo tesoro de significantes, el inconsciente, mismo que desencadena en el sujeto, efectos. Posicionando entonces al sujeto en el lugar del inconsciente estructurado como un lenguaje, le coloca también, una falta, un hueco, una “hiancia de la que se cojea”, en tanto que el sujeto estaría siempre escindido, roto y suturado,

descocido y parchado por las palabras, mismas que prenden fuego a lo que tocan; así como vive y muere en accidentes, en aquello que insiste, que hace ruido y despierta. Así bien, mientras que la ciencia y algunas escuelas psicoanalíticas operan engañosamente para escudriñar a un sujeto del conocimiento como si éste pudiera dominar completamente su conciencia, para Lacan existe más bien, un sujeto del inconsciente y por tanto roto, que se juega entre un (no) saber y la verdad. A partir de los escritos técnicos de Freud, la voz lacaniana reconoce a un yo, sí, pero no el mismo con el jinetea Winnicott o Anna Freud, sino más bien, uno imposibilitado por el inconsciente que lo irrumpe, uno tejido por las palabras que aun siendo invisibles, lo tocan, le quemán; así como una estructura psíquica que tiende a repetir aquello que no se puede tramitar; tropiezo, caída, hiancia, imposibilidad que a través de la clínica se cose, al menos para saber por dónde andar.

Para evitar el “psicoanalismo”, es necesario acompañarse con otras disciplinas: la epistemología. En líneas anteriores se comentó que con Freud se puede pensar en un descubrimiento que se forzó hacia el positivismo científico; igualmente, se puede pensar que con Lacan, se tensa la pregunta por el lugar que ocupa el sujeto en relación con la verdad. Si es que la pregunta está inmiscuida en distintas prácticas discursivas, es la psicoanalítica aquella que en torno al sujeto en relación con su deseo y no en el sujeto que porque piensa, existe, sino más bien, en aquél que se compromete en un (no) decir que se manifiesta a través de lo que para la ciencia, son tonterías: si bien Lacan no se fundó en la ciencia como tal, tampoco deja perdido al sujeto, puesto que lo sostiene precisamente con los trompicones que la ciencia ignora. Antes bien, será necesario mencionar que la noción de sujeto es un problema epistemológico, puesto que a más de un siglo, dicha subjetividad que se juega entre el psicoanálisis y la ciencia aún sigue latente, aunque no con la misma terquedad por adquirir a toda costa, el estatuto de ciencia positiva; al respecto, Lacan llegó a comentar que a diferencia de las investigaciones científicas, el campo freudiano era la verdad del sujeto y “dicha verdad no puede reducirse a una investigación objetiva: se trata de la realización de la verdad del sujeto como dimensión propia que ha de ser aislada en su originalidad en relación a la noción misma de realidad” (Lacan, 1954, p. 40). Además, es esta complejidad aquella que provoca una reflexión en torno a la interlocución que el psicoanálisis mismo tiene con otras disciplinas.

A diferencia del psicoanálisis en tiempos de Freud, para Lacan no es desconocido –como sí parece serlo para muchos psicoanalistas–, todo un conjunto de formulaciones que desde la filosofía, la historiografía, el arte, la lingüística, etc., reflejaron una manifiesta desconfianza en las virtudes de la racionalidad científica más positivista; además, la ciencia en los tiempos de Lacan, es una ciencia golpeada por las ideas que la torcieron a lo largo del siglo XX; así mismo, Lacan postula que, no siendo el

psicoanálisis una ciencia, ni mucho menos aspira a sobreponer dicho estatuto como un ideal racionalista, puede no obstante, operar con el sujeto de la ciencia, aunque éste siempre esté escindido. Para argumentarlo, Lacan mismo pone en juego un diálogo con el cogito cartesiano; además, en sus *Escritos II*, también comunica, dentro de otras cosas, que la realidad que la ciencia constituye se inscribe en un lenguaje que ya no es propio a una razón diferente de la que el hombre mismo postula como suya, posibilitándole la apariencia de aprehender un conocimiento de lo general, lo eterno e inmutable, aspiración que, frente a su intento por alcanzar el conocimiento absoluto del mundo, fracasa, puesto que éste es sólo un efecto del significante.

Aunque en su ilusión, el sujeto cree que todo aquello que codifica es una realidad derivada de él mismo, de su propia capacidad para enunciarla y en virtud de tal creencia, su escisión fundamental se convierte en una sutura momentánea; es decir, dicha empresa siempre falla; al respecto comenta Lacan que “es innegablemente la consecuencia estrictamente determinada de una tentativa de suturar al sujeto de la ciencia, y el último teorema de Gödel muestra que fracasa, lo cual quiere decir que el sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia, pero un correlato antinómico puesto que la ciencia se muestra definida por el no-éxito del esfuerzo por suturarla” (1966b, p. 840). Sí, Lacan leyendo a Gödel a pesar de ser psicoanalista; la pretensión de la ciencia por convertirse en discurso absoluto, incluso en la actualidad, es una aspiración por recomponer el potencial del hombre como cúspide del mundo, como su amo absoluto e inmortal.

En su origen, el psicoanálisis no deja de lado que el sujeto se encuentra dividido, que su estructura psíquica no es unitaria, ni siquiera tangible y que lo que puede saber de forma consciente se encuentra en gran medida determinado por aquello que no se puede saber; para Lacan, dicha escisión se consolida en relación del sujeto con el lenguaje, en el orden significante; así mismo, existe un dispositivo imaginario que rechaza dicha escisión, aunque dicho rechazo sólo pueda ser una suerte de ilusión objetiva. Es decir, el sujeto consciente, es producto de un efecto ilusorio, al mismo tiempo que está limitado para conocer: se le procura una división, una imposibilidad, un hueco, una falta o una incompletud. ¿Qué nos queda? Un decir sobre el mundo suponiendo que aquello que se dice tiene posibilidad de verdad, aunque más adelante por efecto de eso que desde lo real no deja agarrarse, se escapa: se tiene entonces que pretender que no existe engaño para posteriormente, descubrir una mentira, una ficción convertida en verdad. Se ha de mencionar también que el psicoanálisis no es el único que ha demarcado los límites del conocimiento posible para el sujeto; Peter Slöterdijk (2004, p. 173), por decir un ejemplo, habla de una verdad que no se funda como tal sólo por el juicio que determina una proposición como verdadera o falsa, sino que “una apariencia, una propuesta, un fenómeno-pliegue emerge al ámbito de lo patente y provoca

el juicio (que, por naturaleza, puede ser también falso), mantiene en movimiento el acontecimiento de la verdad". Pues bien, aunque la propuesta psicoanalítica fundamental, a saber, que el inconsciente emerge por efecto de una escisión, nos obliga a reconsiderar la ingenua pretensión por alcanzar un saber completo y acabado acerca del mundo, como si éste fuera inmóvil, inmutable, muerto.

En la actualidad, es menos polémico admitir que el psicoanálisis no es una ciencia a pesar de haber sido en principio un anhelo freudiano; además, el vector original en el cual se posicionó al psicoanálisis en el carril hacia la cientificidad ha demostrado ser, además de inaccesible y obstaculizado, innecesario, puesto que aquello que ha hecho propio al psicoanálisis, es la constatación de que todo el saber racional no basta para recubrir la falta constitutiva del saber. Sin embargo, ello no implica negar la necesaria interlocución con otros campos de saber que se fundan en premisas de la racionalidad más positiva, más aún cuando sabemos que comparten elementos comunes de reflexión, así como en su creación, el psicoanálisis sólo pudo emerger gracias a la ciencia misma. Así bien, con Lacan, un sujeto que no puede ser otro que aquél que surge como correlato de la ciencia. Al respecto, el psicoanálisis ha podido dar cuenta de dicho movimiento paradójico por medio del cual el sujeto escindido se torna sujeto suturado, con tal de dejar ver las costuras que se desatan en el momento siguiente por efecto de un límite insalvable que separa al saber y la verdad y que deja sentir su fuerza en los movimientos indomeñables de lo real que se resiste.

Es decir, mientras que la ciencia opera engañosamente sin fisuras, escudriñando a un sujeto del conocimiento como si éste pudiera dominar completamente su conciencia, para el psicoanálisis existe más bien, un sujeto que se juega entre un no saber y la verdad; mientras que el sujeto científico adquiere ese saber como estatuto de Verdad. Sin embargo, no creo que por ello han de pensarse como antagónicos, sino más bien, mantener el reconocimiento de que gracias a la ciencia fue posible el psicoanálisis, transgresor del sujeto que deteriora una verdad para reconocerla como engaño, como una ficción verdadera.

Lacan también hace un esfuerzo por tejer un psicoanálisis que tenga un estatuto particular, pues en 1954 abrió de nuevo la puerta que los freudianos ortodoxos habían cerrado; al respecto, dice que Freud trabajó con una singularidad del caso, llevándola a su límite puesto que él estaba construyendo y verificando al mismo tiempo: "sin duda alguna el método se deduce a partir de allí, pero sólo es un método para los demás (...). Freud no aplicaba un método, puesto que con él se trata de un carácter único, inaugural, de su proceder. Singular porque se trata de una primera vez, no lo que vino después" (1954, p. 40): no un psicoanálisis institucionalizado, no una singularidad hecha regla, no un número de

sesiones específico por semana, mucho menos un analista a escoger a la carta.

Consideraciones finales

“El psicoanálisis no puede permanecer dentro de la científicidad más que manteniéndose en una posición insostenible, contradictoria, en una oscilación perpetua entre la empiria y la teoría, la realidad y el fantasma, la duda y la creencia, la repetición y el cambio”.

Bourguignon, 1985

Lo anteriormente expuesto con una finalidad: a pesar de que tanto Freud como Lacan propusieron un saber particular como corazón del psicoanálisis, éste estuvo relacionado con otras disciplinas, el cual posibilitó la emergencia de conjeturas inaugurales no proscritas en épocas anteriores; sin embargo, se comenzó a fermentar por el trabajo de conservar lo inconservable por parte de sus discípulos: una explosión discursiva de talla internacional al mismo tiempo que una implosión en sus propias entrañas teóricas, que valió el exilio de muchos expsicoanalistas, convirtiéndose más que en un saber inaugural, en una doctrina a repetir, improductiva, si no es que en una maquinaria que fabrica barbas y puros, sarcasmos y matemas que no están dispuestos a discurrir con lo que acontece a su alrededor. Existe una multiplicidad de várices que pelean entre sí por circular en una Verdad, misma que Lacan admitió más bien, como un “acontecimiento”, como una ilusión. Me parece al respecto, que las críticas que hace Roustang o Castel son en gran medida justas y que habrá de hacerles caso para no hacer del psicoanálisis algo que se propuso por sus propios descubridores, como lo que no es. Al respecto, Roustang (1986) comenta que desde que Lacan fundó la escuela freudiana, éste previó lo que denominaría una “articulación entre ciencias afines”, en la que no era necesario ser psicoanalistas ni estar en análisis para poder inscribirse como miembro de la Escuela (p. 19). Si bien la transmisión del psicoanálisis amerita una investigación aparte por su propia complejidad, también lo es la puesta en duda respecto a la formación de los psicoanalistas. Es por ello que considero pertinente más bien, traer a colación la apertura que mostraron tanto Freud como Lacan en su diálogo con disciplinas afines a su propia época.

La bomba atómica del psicoanálisis tuvo un radio de efecto tan grande que fue tema de discusión en otros campos, incluso en la filosofía misma; Wittgenstein, por ejemplo, hermano de una paciente asidua de

Freud, vienes contemporáneo a él, nunca se interesó por el psicoanálisis más que para acompañar sus argumentos respecto a los juegos del lenguaje y muy a pesar de ello llegó a referirse a sí mismo como un discípulo de Freud puesto que admiraba sus sugerencias y observaciones, por tener algo que decir, incluso allí donde según Wittgenstein erraba. Pues bien, el filósofo insistió en que la enorme influencia del psicoanálisis en Europa y Estados Unidos era perniciosa, así como suele impedir su propia crítica. Es por ello que, un genio como él le llegó a decir a Bouwsma en 1949, no sobre otro genio como Freud, sino sobre aquellas escuelas o teorías aisladas, psicoanalistas aferrados o adhesiones encarnizadas que “para comprender algo de Freud sería preciso, insiste, tener una actitud crítica; y teorías como la de Freud tienen, entre otros inconvenientes, el de suscitar formas de adhesión que hacen particularmente difícil, por no decir imposible, la crítica” (p. 32). Ha pasado más de un siglo de combate y en lo personal, parece menos interesante incorporarse a uno de los bandos para en su lugar, pensar a dicho combate como pretexto de asomo hacia sus contornos imprecisos, que por demás se han deformado por la vulgarización de sus conceptos, siendo “víctimas de su propio éxito, desapareciendo tras sus más banales reinterpretaciones” (Parker y Pavón-Cuéllar, 2013).

Como se procuró describir anteriormente, el inconsciente no es un circuito cerrado a pesar de parecer ingobernable; no es impenetrable aunque sí desconocido, tesoro de significantes que en tanto tales, hacen nexos con lo circundante. Freud mismo reconoció los fenómenos sociales como importantes para estructurar las relaciones que tenemos con los otros, así como Lacan reconoció la participación de algo que no puede pensarse de forma aislada, el lenguaje:

Las palabras fundadoras que envuelven al sujeto, son todo aquello que lo ha constituido (...), no sólo como símbolo, sino en su ser. Son leyes de nomenclatura las que determinan –al menos hasta cierto punto- y canalizan las alianzas a partir de las cuales los seres humanos copulan entre sí y acaban por crear no sólo otros símbolos, sino también seres reales que, al llegar al mundo, de inmediato poseen esa pequeña etiqueta que es su nombre, símbolo esencial en cuanto a lo que les está reservado (1954, p. 35).

Pequeña etiqueta que no sólo se vacuna, sino que también pesa: resguardo de aquello que se espera del ser que nace con pequeñas extremidades, con un cráneo que se irá constituyendo en los meses posteriores, con una mirada ciega que luego verá a qué color se le llama rosa, a qué pecho buscar para llorar, a qué objeto amar, así como con un ombligo que se corta. También con un genital que no sólo es carne.

Ahora bien, regresemos al año 1914: Freud y su *Tótem y tabú*, así como sus *Contribuciones a la historia del movimiento psicoanalítico*; Boston y su Sociedad Psicoanalítica; la compañía Ford Motor y sus ocho horas con

bajos pagos salariales; declaraciones de ofensiva y su primera guerra mundial; México y su primer Sindicato de Electricistas fundado; la *Venus del espejo* y los cortes que la sufragista británica Mary Richardson le realizó con un hacha de carnicero –y que será, al parecer, el imaginario que se conservará durante mucho tiempo sobre el feminismo–; en dicha época es posible relacionar al psicoanálisis con el mismo interés que tuvieron otras disciplinas por el simbolismo, por la sexualidad y por la reflexión sobre lo masculino y lo femenino; al respecto, uno de los tantos críticos del psicoanálisis, Quillot (1993, p. 21), mencionó que “en ciertos casos las afirmaciones freudianas provienen simplemente de prejuicios sociales muy anticuados, arbitrariamente erigidos en leyes psicológicas; tal es el caso de su convicción de que la mujer está atormentada por la “envidia del pene”, por el sentimiento de su inferioridad con respecto al hombre y por los celos, lo cual explica que Freud haya dicho que ‘ella tenga un sentido de la justicia poco desarrollado’”, convicción que desde luego desencadenó la justificada cólera por parte de las feministas. Entonces ¿por qué no tensar un diálogo actual entre el psicoanálisis y otras disciplinas, tales como el feminismo o las neurociencias?

Freud y Lacan son hijos de sus propias épocas. Y la pregunta por el deseo de la mujer les acompañó no sólo a ellos sino también, a todo tipo de movimientos contemporáneos ¿por qué no buscar sus correlaciones y disyuntivas? Ya había confirmado Luce Irigaray que el problema de la sexualidad es propio de nuestra época. Y el psicoanálisis también, aunque de manera fracturada. Sabemos que con el psicoanálisis, se encuentran síntomas que a través del cuerpo –sexuado, hablan; enigmas que visten la piel y que el análisis desnuda para ser habitado por sus significantes. Se puede mencionar que la técnica freudiana es insurrecta en tanto que descubre algo a pesar de las ideologías científicas de su época; sin embargo, su técnica ha de tomarse a seriedad al margen de convertirla en un templo sagrado. Por otro lado, Lacan ofrece una enseñanza que también parece un diálogo consigo mismo, aunque ya sumergido por otros discursos, de entre ellos, la filosofía y la lingüística contemporáneas a su época, inaugurando la práctica de un *decir* distanciado de otras instituciones psicoanalíticas, deslindándose de los terrenos soberanos donde termina figurando un padre que en lugar de hijos, crea súbditos y doctrinas. Aquella disciplina inaugural que sostiene a un sujeto imposibilitado por el inconsciente que lo irrumpe, tejido por las palabras invisibles que aun siendo intangibles, le abrasan –quemar-, estructurándose un psiquismo que tiende a repetir aquello que no puede tramitar: tropezando, cayendo, imposibilitándose, soñando, es decir dejándose escurrir por los efectos que el psicoanálisis procura tejer.

No puede excluirse al psicoanálisis del mundo. Sin embargo, me parece importante señalar que, si es que el mismo Freud dijo a Jung que el psicoanálisis se expandió en América de la misma forma como lo hizo la peste, habrá de respetarle a dicha disciplina su lugar; creo que la belleza

de dicho saber se echa a perder cuando se le procura calzar en todos lados, cuando el mismo Freud se vio obstaculizado al intentar encajar al psicoanálisis en un discurso que no es su talla –el científico-; así como Lacan, exiliado, procuró marcar sus propios límites que no sólo están amurallados en la relación analítica, sino también en su propio campo de estudio. De esta forma, se podría recuperar al psicoanálisis del psicoanalismo que menciona Castel para criticar la teoría y técnica psicoanalítica convertida en un adoctrinamiento institucionalizado, o bien, para evitar el *freudismo* que describe bien Carlos Monsiváis en su artículo *Variedades del México freudiano*, en tanto teoría y técnica impregnados en todas las esquinas y resquicios de la cultura, para no colarlo incluso en las notas rojas y en toda posibilidad de subjetivación. Nuestros instantes no siempre son los mismos, nuestra actualidad no es idéntica a la que habitó Freud o Lacan y por tanto, parece pertinente procurarse evitar la simple y llana repetición de su saber para encasillarlo en todos lados, sino más bien, producirse e instalarse en el campo fértil de lo inaugural, pues a final de cuentas, las *Obras Completas* de Freud, están incompletas.

Referencias

- Bouveresse, J. (1991). *Filosofía, mitología y pseudociencia*. Madrid: Síntesis, 2004.
- Calvino, I. (1959). *Cuentos fantásticos del XIX; lo fantástico visionario, lo fantástico cotidiano*. Madrid: Siruela, 2010.
- Casas, J. (1996). *La función de la teoría en psicoanálisis, lecturas para su discusión*. Querétaro: Universidad Autónoma de Querétaro.
- Castel, R. (1973). *El psicoanalismo: el orden psicoanalítico y el poder*. México D.F.: Siglo XXI, 1980.
- Foucault, M. (1964) *Stultifera Navis*, en *Historia de la locura en la época clásica* (pp.6-35). México D.F.: F.C.E., 1967
- Freud, S. (1893-95). *Estudios sobre la histeria*. En Freud, S. *Obras Completas*, Tomo II. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1914). *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*. En Freud, S. *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1992
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En Freud, S., *Obras Completas*, Tomo XVIII, Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. (1926). *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, en Freud, S., *Obras Completas*, Tomo XX (pp. 165-244). Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- Freud, S. & Groddeck, G. (1917). *Correspondencia Freud-Groddeck*. Barcelona: Anagrama, 1977.

- Gonzales, J. (2000). La pirámide que se derrumbó. En *El burro de Sancho y el gato de Shcrödinger* (pp.17-44). México D.F.: Paidós.
- Illouz, E. (2010). *La salvación del alma moderna; terapia, emociones y la cultura de la autoayuda*. Madrid: Katz
- Lacan, J. (1954). *Los escritos técnicos de Freud*, en *Seminario I*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Lacan, J. (1966b). *Escritos II*. México D.F.: Siglo XXI, 1975.
- Melenotte, G. (2007). *Seminario de l'école lacanienne de psychanalyse, 'El espíritu freudiano'*, organizado por la Revista Litoral, 27 de octubre de 2007, México D.F.
- Parker, I. y Pavón-Cuéllar, D. (2013). Inconsciente. *CECIES, Diccionario del pensamiento alternativo II*. Recuperado de <http://www.cecies.org/articulo.asp?id=307>
- Quilliot, R. (1993). *Las críticas al psicoanálisis*. México D.F.: F.C.E.
- Roudinesco, E. (1993). *Lacan, esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. México D.F.: F.C.E., 2000.
- Roustang, F. (1986). *Lacan, del equívoco al callejón sin salida*. México D.F.: Siglo XXI, 1989.
- Slöterdijk, P. (2004). *Esferas III*. Madrid: Siruela.
- Tamayo, L. (2005). La invención del psicoanálisis y la formación del psicoanalista. *Acheronta* 22, 23-36.
- Turnbull, R. M. (1995). La travesía de la peste. *Artefacto* 5, 105-128.

Fecha de recepción: 13 de diciembre 2015

Fecha de aceptación: 20 de febrero 2016